

NUEVAS APROXIMACIONES AL ESTUDIO DE LAS REPRESENTACIONES SOCIALES: DEL ANCLAJE EMOCIONAL A LAS COMUNIDADES EMOCIONALES

NEW APPROACHES TO THE STUDY OF SOCIAL REPRESENTATIONS: FROM EMOTIONAL ANCHORING TO EMOTIONAL COMMUNITIES

Silvia Gutiérrez Vidrio¹ y Fátima Flores-Palacios²

Resumen. El propósito de este texto es presentar algunas aportaciones teóricas que pueden proveer ciertas claves para profundizar en el papel fundamental que desempeñan la afectividad y las emociones en la construcción de las representaciones sociales. Aunque la importancia de estos aspectos fue señalada por Serge Moscovici hace varias décadas, su estudio ha sido relativamente reciente, lo que evidencia una tendencia emergente en la investigación psicosocial y cognitiva. En este contexto, se profundiza particularmente en el concepto de anclaje, considerado uno de los procesos más relevantes para entender cómo las representaciones sociales se estructuran y mantienen. Se postula que dicho proceso no solo conecta las representaciones sociales con conocimientos previos o creencias arraigadas, sino que también está estrechamente vinculado a la dimensión emocional e influye en la manera en que estas representaciones se integran en el clima emocional del grupo o comunidad. Además, se reflexiona sobre la polifasia cognitiva

-
- 1 Profesora-investigadora de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, correo: sgvidrio@correo.xoc.uam.mx
 - 2 Profesora-investigadora del Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, correo: fatflor@servidor.unam.mx

emocional, entendida como una multiplicidad de interpretaciones y significados asociados a una misma representación, y su relación con la dimensión emocional, resaltando cómo las emociones pueden modular y enriquecer dichas interpretaciones, como lo atestiguan algunos trabajos empíricos. *Palabras clave: anclaje emocional; representaciones sociales; polifasia cognitiva emocional; clima emocional; comunidades emocionales*

Abstract. The purpose of this text is to present certain theoretical contributions that may provide insights into the fundamental role played by affectivity and emotions in the construction of social representations. Although the importance of these aspects was highlighted by Serge Moscovici several decades ago, their study has only relatively recently gained attention, reflecting an emerging trend in psychosocial and cognitive research. Within this context, particular emphasis is placed on the concept of emotional anchoring, regarded as one of the most relevant processes for understanding how social representations are structured and maintained. This process is understood not only as a mechanism that connects representations with prior knowledge or deeply rooted beliefs, but also as one that is closely linked to the emotional dimension, influencing the way these representations are integrated into the emotional climate of a group or community. Furthermore, the text reflects on the notion of cognitive polyphasia, understood as a multiplicity of interpretations and meanings associated with the same representation, and its relationship with the emotional field. It highlights how emotions can modulate and enrich these interpretations, as demonstrated by several empirical studies. Keywords: emotional anchoring; social representations; cognitive polyphasia; emotional climate; emotional communities

Introducción

Las emociones constituyen una modalidad de conocimiento con todo el poder explicativo y funcional del conocimiento de sentido común y las creencias. El estado emocional de las personas determina, en gran medida, la manera y forma en que perciben el mundo. Esta sola razón hace imprescindible que su

estudio requiera atención para comprender mejor lo que acontece en la vida cotidiana de los actores sociales.

Existen diferentes definiciones y aproximaciones al estudio de las emociones.³ Esto se debe a que para definir las emociones no existe consenso en la definición de lo que es una emoción, por lo que establecer sus fronteras y modalidades resulta ser una tarea compleja. En este texto, para abordar las emociones retomamos algunos planteamientos de la sociología de las emociones, la cual reconoce que estas son experiencias construidas y compartidas socialmente y que la cultura media necesariamente el modo en que el ser humano ve el mundo.

Las emociones constituyen una dimensión insoslayable de la vida social, la cual permite establecer vínculos sociales. Estas participan de un sistema de sentidos y valores que son propios de un conjunto social, por lo que gran parte de las emociones se nutren y tienen sentido en el marco de relaciones sociales (Stets y Turner, 2014). Asimismo, las emociones están impregnadas de significados y de sentidos anclados en contextos sociohistóricos particulares. Por ello las emociones no pueden ser analizadas al margen de los contextos culturales en los que surgen y se intercambian. De ahí que, como sugiere Ahmed (2014 [2004]), en vez de preguntarnos ¿qué son las emociones?, tendríamos que preguntar ¿qué hacen las emociones y qué hacen en contextos específicos? A ello agregamos otra dimensión fundamental: ¿cómo operan las emociones en la configuración y delimitación de las realidades sociales que viven y experimentan distintos grupos sociales?

Aunque el estudio de la dimensión emocional de las representaciones sociales aún no ha sido explorado en toda su profundidad,⁴ pueden reconocerse diversos esfuerzos que delinear un importante potencial para su desarrollo. Un trabajo pionero es el de Banchs (1996), en el cual enfatiza que las representaciones sociales no son solamente sistemas de conocimiento racional o cognitivo, sino que están profundamente atravesados por elementos afectivos y emocionales. Asimismo, las emociones han sido consideradas como componentes poderosos de las representaciones (Jovchelovitch y Priego-Hernández,

3 Entre las diversas perspectivas existentes se pueden ubicar las siguientes: darwiniana, jamesiana, cognitiva, constructivista y más recientemente, antropológica, sociológica y discursiva. Cada una de ellas tiene su propio conjunto de supuestos sobre la naturaleza del fenómeno afectivo y de cómo llevar a cabo la investigación en este campo (Gutiérrez, 2020).

4 Para un recuento de dicho estudio, consúltense Piermattéo (2021).

2015, p. 172), como una dimensión esencial de las mismas⁵ (Campos y Rouquette, 2003), e incluso como “una de las dimensiones más importantes del fenómeno representativo” (Brasil et al., 2018, p. 621).

De manera similar, es relevante señalar que algunos autores han integrado explícitamente las emociones en sus definiciones de representaciones sociales (véase et al., 1989; Piermattéo, 2021). Además, investigaciones recientes han destacado el papel de las emociones en fenómenos tales como las actitudes intergrupales, la construcción de identidades colectivas y el pensamiento social (Duveen, 2001; Kalampalikis y Haas, 2008; Marková y Wilkie, 1987). Estos aportes coinciden en la necesidad de conceptualizar las representaciones sociales como procesos intrínsecamente emocionales (Marková y Wilkie, 1987).

Desde nuestra perspectiva, partimos del reconocimiento de que las emociones mantienen una relación intrínseca con las representaciones sociales al considerarlas “portadoras de interpretaciones y significados dependientes de consideraciones sociales y culturales que definen los momentos y las circunstancias en que se experimentan y con qué grado de intensidad se hace” (Gutiérrez, Arbesú y Piña, 2012, p. 31). En este sentido, nos interesa en particular resaltar la importancia de incorporar, de manera sistemática, la dimensión emocional en investigaciones que se realizan en el campo de las representaciones sociales, dado que su análisis puede proveer las claves para entender la organización y el funcionamiento de dichas representaciones en diferentes contextos sociales.

Interconexión entre emociones y representaciones sociales

Las emociones son inseparables de toda producción subjetiva humana, son inherentes a nuestra naturaleza y siempre estarán presentes a lo largo de nuestra existencia y experiencia vivida. En cierta manera, son las pautas que mueven

5 Es importante mencionar que, durante un extenso periodo, el estudio de las emociones en el campo de las representaciones sociales estuvo subsumido en la dimensión de la actitud. Al respecto cabe señalar que si bien existe una relación estrecha entre las emociones y la actitud, esta no es de sinonimia. La emoción es algo mucho más complejo, esta tiene muchas facetas; implica el sentimiento y la experiencia, la fisiología y el comportamiento, también las cogniciones y conceptualizaciones (Gutiérrez, 2020).

al individuo a actuar de una u otra forma. Los componentes afectivos de las representaciones sociales constituyen esquemas afectivos socialmente construidos que predisponen a los individuos a experimentar algunas emociones y actuar en consecuencia.

Esta línea de investigación fue iniciada por Rimé (2005), quien propone “la guía silenciosa de los afectos” para explicar la idea de que la valencia de la experiencia emocional pasada (positiva o negativa) marca fuertemente la interacción con el medio, al punto de convertirse en las “señales más poderosas” para la guía de la acción.

Las emociones forman parte también del bagaje inconsciente y subjetivo, que sitúa las condiciones de emergencia y represión de la memoria de acuerdo con la vivencia del sujeto, particularmente cuando de enfermedad o malestar se trata. Por ejemplo, los resultados desde la intervención en personas seropositivas, sugieren que la experiencia vivida de su propia enfermedad les permitió resignificar muchas de las prácticas sexuales que tenían antes de enfermar y, en contextos de pobreza, gran parte de su sintomatología psicológica se relacionaba con su propia historia de vida, desde la infancia y los recursos de afrontamiento con que contaban (Flores-Palacios, 2015). Las representaciones sociales del VIH en estas mujeres estaban ancladas a su condición de género y vulnerabilidad.

Algunas de las publicaciones que proponen elaboraciones teóricas sobre las interconexiones entre las representaciones sociales y las emociones hacen énfasis principalmente en la importancia de las emociones en la teoría de las representaciones sociales, y no al contrario. En este sentido, es importante recordar que el peso de las emociones atraviesa cualquier construcción social a partir de la experiencia vivida y su manifestación en los comportamientos, reconociendo que se trata de una forma dinámica de enriquecimiento mutuo.

También es posible distinguir dos líneas de investigación. Según Piermattéo (2021), la primera se centra en el papel de las emociones en los procesos de representación, mientras que la segunda explora la forma en que las representaciones sociales determinan las emociones o los procesos emocionales. En este estudio nos interesa fundamentalmente indagar el peso de la afectividad y las emociones en la construcción de las representaciones sociales, así como señalar que en gran medida las representaciones que tenemos sobre diferentes temas guían las emociones que experimentamos (Gutiérrez, 2020), pero también estas últimas guían las representaciones sociales que construimos.

De acuerdo con Arruda (2009), el significado asociado a los objetos sociales se activa a partir de “un flujo de afectos, imaginarios, estilos cognitivos y se configura por medio de procesos que, siendo sociales, son al mismo tiempo psicológicos” (p. 742). Esta perspectiva subraya la interacción inseparable entre los procesos emocionales, psicosociales y cognitivos en la construcción del significado.

Arruda y Pombo-De-Barros (2010) amplían esta visión al señalar que los procesos afectivos pueden vincularse a la necesidad del individuo de distanciarse de situaciones que amenacen su identidad personal o la del grupo social al que pertenece. En este sentido, las representaciones sociales actúan como mecanismos de protección frente a lo nuevo o diferente. Para el mantenimiento de este sistema, ante la presencia de lo nuevo y diferente, al enfrentarse a alteridades percibidas como amenazantes, los individuos y los grupos movilizan representaciones que permiten construir significados defensivos, creando sistemas de resistencia que, en algunos casos, pueden traducirse en discriminación y estigmatización hacia el “otro” diferenciado.

Asimismo, los afectos se manifiestan no solo en la necesidad de asimilar lo “nuevo” para superar la amenaza de desintegración, sino también en el modo en que las representaciones sociales se integran en las prácticas cotidianas. Dada la complejidad del sistema de representación, los afectos tienden a ser dirigidos hacia ciertos objetos y actores sociales específicos, que son estereotipados o categorizados a partir de determinados marcos representacionales (Arruda y Pombo-De-Barros, 2010, p. 357).

Por su parte, Bouriche (2014) resalta que las emociones, al igual que las representaciones sociales, cumplen funciones fundamentales: a) son guías de acción; b) están implicadas en la construcción y afirmación de la identidad social, y c) proporcionan una función de conocimiento que permite captar y comprender mejor la realidad. Desde esta perspectiva, las emociones desempeñan un papel fundamental en la dinámica de las representaciones sociales, ya sea al actuar como una fuerza motora para los intercambios interindividuales que las configuran o al influir particularmente en ciertos procesos representativos.

A continuación, desarrollamos algunos conceptos que al ser incorporados al estudio de las representaciones sociales, podrían proporcionar ideas clave para el estudio de la dimensión emocional de estas. Igualmente proporcionamos algunos ejemplos de investigaciones en las que se puede observar cómo dichos conceptos aportan profundidad al análisis.

Anclaje emocional⁶

En el estudio del anclaje emocional un antecedente fundamental es el trabajo de Banchs (1996), quien inspirándose en Moscovici (1961), pero yendo más allá, sugirió que en el proceso de anclaje las emociones tienen un papel fundamental, dado que los fenómenos nuevos no solo se insertan en marcos conceptuales previos, sino también en marcos emocionales que han sido previamente configurados.

Un estudio más reciente es el de Höjjer (2011), quien ha desarrollado una línea de indagación que profundiza la relación entre las representaciones sociales y las emociones al centrarse en el concepto de anclaje emocional y en el de objetivación. Sus planteamientos amplían la comprensión del anclaje al considerar que las emociones no solo acompañan los procesos de representación, sino que también actúan como mecanismos centrales en la apropiación y la naturalización de nuevos fenómenos sociales.

El anclaje emocional, de acuerdo con la autora, tienen que ver con un desencadenante, un estímulo específico e identificable que impulsa una respuesta emocional. En otras palabras, implica la presencia de señales, muchas veces inconscientes, que reactivan experiencias pasadas y generan emociones asociadas a situaciones y estados vividos anteriormente. Este proceso puede adoptar múltiples formas, propósitos y manifestaciones.

En el ámbito de la consulta clínica, por ejemplo, es posible observar de manera reiterada el anclaje emocional, especialmente cuando se trabaja desde el inconsciente. A través de este enfoque, emergen recuerdos, miedos, vivencias o traumas que constituyen el corpus del inconsciente individual y que requieren ser resignificados por el propio sujeto para alcanzar nuevas comprensiones de sí mismo y del entorno.

(2011) plantea que el anclaje emocional opera como un mecanismo afectivo que, aunque no está contemplado explícitamente en la teoría de las representaciones sociales, desempeña un papel importante en el modo en que las personas asocian emociones profundas con determinados objetos, narrativas o símbolos sociales. Al integrar el componente afectivo en el proceso de anclaje

6 Cabe señalar que la relevancia de este concepto y el de polifasia cognitivo-emocional ya habían sido abordados de manera sintética en Gutiérrez (2020), pero en este texto han sido ampliados y ejemplificados a partir de desarrollos posteriores.

se amplía la comprensión del fenómeno representacional, al poner de relieve su dimensión emocional implícita y su impacto en la construcción, persistencia y transformación de las representaciones sociales.

Para Höijer (2011), el anclaje emocional se refiere a:

un proceso comunicativo mediante el cual un nuevo fenómeno se ata a emociones bien conocidas. De esta manera, lo desconocido se vuelve reconocible como, por ejemplo, una amenaza o un peligro al miedo, como algo de qué preocuparse, o como algo agradable y placentero. (p. 9)

Desde esta perspectiva, los fenómenos o eventos sociales no solo se conectan cognitivamente con saberes y creencias preexistentes, sino que también se asocian a sentimientos intensos como el miedo, la ira, la piedad o la compasión. En su estudio sobre el cambio climático, global Höijer (2011) analiza cómo los medios suecos construyen o representan socialmente este fenómeno para mostrar que las representaciones verbales y visuales están ligadas a emociones como el miedo, la esperanza, la culpa, la compasión y la nostalgia. Más que ofrecer una visión general de la cobertura mediática del cambio climático, el estudio evidencia cómo los medios pueden movilizar distintas emociones para anclar este tema en el discurso cotidiano. Para ello se centra en los procesos comunicativos de anclaje emocional y objetivación.

Las emociones actúan como marcos afectivos que facilitan la integración de nuevos conocimientos en el universo simbólico de las personas y colectivos. A medida que las emociones refuerzan los procesos individuales de posicionamiento, interpretación y adaptación a la realidad social, el anclaje emocional participa de manera directa en la construcción, consolidación y eventual transformación de las representaciones sociales.

En esta línea, Bouriche (2014) argumenta que incorporar el papel de las emociones como desencadenantes del proceso de anclaje permite iluminar de manera más precisa la articulación entre las prácticas y las representaciones sociales. Esta perspectiva subraya la importancia de considerar no solo los componentes cognitivos del anclaje, sino también los afectivos, como motores esenciales de la construcción social del significado. Por ejemplo, en una investigación en donde se entrevistó a un grupo de psiquiatras pidiendo que definieran su concepción acerca de la “normalidad” y “anormalidad” fue evidente que sus respuestas estaban cargadas de emociones y se acomodaban a la deseabilidad social que opera como una estrategia adaptativa y persistente en el ámbito de la salud mental. (Flores-Palacios y Díaz 2001).

En este sentido, el proceso de anclaje es esencial en la articulación teórica entre representaciones sociales y emociones. De hecho, la activación emocional, señala una falta de sentido que lleva al individuo a movilizar sus recursos de atención y constituir un desencadenador posible del proceso de anclaje. Como señala Bouriche (2014):

En la medida en que las emociones subyacen a los procesos de posicionamiento y la adaptación individuales a la realidad social, el anclaje psicológico (Doise, 1992) se involucrará más particularmente en la dinámica representacional en relación con una experiencia afectiva. (p. 204)

Desde otra perspectiva, Sen and Wagner (2005) plantean que, en el proceso de anclaje de un nuevo objeto a uno familiar, las emociones asociadas con estas últimas pueden ser transferidas al nuevo objeto. En el caso de la historia, que es lo que estos investigadores estudian, los autores sostienen que los vínculos del anclaje no solo trasladan, sino que también transmiten los afectos y las emociones vinculados con el evento fuente. De esta manera, los temores, esperanzas y anhelos relacionados con el acontecimiento en el pasado se asociarán entonces con la nueva imagen representacional e implicarán al portador de la representación más que lo que hubiera hecho una comprensión meramente cognitiva (Sen y Wagner, 2005, pp. 2-3).

Esta reflexión reafirma la idea de que la historia y experiencia vivida dejan huellas emocionales que moldean los significados, emociones y recuerdos que permanecen en el inconsciente. En este sentido, el anclaje emocional puede constituirse en un recurso varioloso dentro de la práctica clínica, al permitir deconstruir y reconstruir experiencias subjetivas a través de su resignificación afectiva como un pasaje subjetivo.

Un ejemplo empírico de este fenómeno puede encontrarse en la experiencia del alumbramiento. Cuando este evento se vive de manera positiva puede funcionar como un claro ejemplo de anclaje emocional de apego en el cual las emociones intensas generadas de amor, alegría, ternura, se integran a la memoria y la experiencia vivida. Estas emociones se objetivan posteriormente en una representación social de la maternidad como un fenómeno social compartido, transmitido y recreado culturalmente.

Desde una perspectiva de género, hemos llevado a cabo investigaciones sobre el ejercicio de la maternidad como un fenómeno social, cuya representación depende en gran medida del contexto sociocultural y las condiciones específicas en que se practica. En el caso de los embarazos tempranos, por

ejemplo, los hallazgos muestran que el apego emocional al hijo(a) puede ser circunstancial al mostrarse como una aceptación o rechazo según las condiciones emocionales y psicosociales que experimentan las jóvenes en el transcurso de su embarazo (Flores-Palacios, 2023). Estos resultados subrayan la importancia de considerar la variabilidad emocional y contextual en el análisis de las representaciones sociales de la maternidad, particularmente en escenarios de vulnerabilidad y transición vital, enaltecer la maternidad también ha tenido consecuencias en la condición de las mujeres, particularmente en un contexto desigual y heteropatriarcal.

Polifasia cognitivo-emocional

Otra de las aproximaciones relevantes al estudio de la relación entre emociones y representaciones sociales es el concepto de polifasia cognitiva⁷ emocional. Conviene recordar que la polifasia cognitiva, siguiendo a Jovchelovitch (2002) refiere al fenómeno por el cual los individuos recurren simultáneamente a formas diversas y en ocasiones, contradictorias de racionalidad para interpretar la realidad. Como señala Haas (2006), ningún tipo de sociedad no importa lo moderna que sea, tiene la prerrogativa de utilizar una sola forma de racionalidad, mentalidad o conocimientos.

En este sentido, De-Graft Aikins (2012) ha afirmado que en el marco de la teoría de representaciones sociales (TRS), estas se conciben como un conocimiento social práctico que emerge cuando los grupos e individuos enfrentan situaciones o fenómenos percibidos como desconocidos. Por lo tanto, las representaciones sociales funcionan para familiarizarse con lo desconocido o amenazante.

El papel fundamental de las representaciones sociales entonces es el de hacer familiar lo extraño, dotando de sentido a experiencias que, en principio, pueden resultar inciertas o disruptivas. Sin embargo, señala que para comprender las motivaciones que impulsan la familiarización con lo desconocido (lo amenazante), sería necesario revisar la formulación de los procesos interde-

7 El concepto de polifasia cognitiva fue introducido por Moscovici ([1961]1979) para referirse a la coexistencia de diferentes formas de conocimiento o marcos de pensamiento en un mismo individuo o grupo social, aun cuando estos puedan parecer contradictorios entre sí.

pendientes que sustentan el principio de familiaridad. Uno de estos principios es la necesidad de incorporar la dinámica cognitivo-emocional. Esto implicaría que, en cierta manera, en la familiarización con lo desconocido las emociones juegan un papel central en la selección, apropiación e interpretación de los significados. Así las emociones no serían simples reacciones periféricas, sino elementos constitutivos que orientan la construcción, transformación y circulación de las representaciones sociales especialmente en contextos marcados por una alta carga afectiva o por la incertidumbre.

La misma autora sugiere que, con el objetivo de desarrollar un análisis sistemático del papel de la tensión u de la dinámica cognitivo-emocional en la creación de representaciones sociales, puede proponerse la polifasia cognitivo-emocional como un marco conceptual pertinente. Esta propuesta constituiría una expansión significativa de la hipótesis formulada por Moscovici sobre la polifasia cognitiva, al incorporar explícitamente la dimensión afectiva como un elemento en los procesos de interpretación y construcción de la realidad social. Desde esta perspectiva ampliada, las emociones no solo acompañan los sistemas de conocimiento, sino que ellas mismas configuran un sistema válido de conocimiento que coexiste, interactúa y se entrelaza con otros sistemas tradicionales como la cultura, la religión y la ciencia. Como señala la autora:

Las emociones sociales como la esperanza, el amor y el miedo median en las relaciones sociales, el comportamiento social y la producción de conocimiento social (Hareli y Parkinson, 2008) las emociones desempeñarían un papel mediador en el desarrollo, la expresión y la transformación de la dinámica cognitiva del pensamiento social, la reflexión, la comunicación y la acción. (De-Graft Aikins, 2012, p. 7.21)

De-Graft Aikins (2012) cuestiona la concepción tradicional según la cual el movimiento hacia lo desconocido se produce únicamente como una reacción de miedo o resistencia ante “intrusión de lo extraño”. En contraste, la autora sostiene y argumenta que dicho proceso es más probablemente impulsado por una tensión emocional que combina atracción y desconfianza hacia lo desconocido. Esta tensión puede emerger a partir de la percepción o experiencia de vulnerabilidades riesgos o amenazas latentes en la propia identidad, en las relaciones íntimas, en el entorno social inmediato o en la cultura vivida.

En esta misma línea de análisis, la violencia de género puede entenderse como el resultado de representaciones sociales construidas a partir de un mundo desigual entre hombres y mujeres, en donde el poder y la dominación se practican sin consecuencias, naturalizando incluso prácticas continuas de sometimiento, en donde las emociones tienen un lugar importante, no solo en la víctima sino también en el victimario.

Para las víctimas, las emociones como el miedo, la culpa, la vergüenza o la resignación pueden consolidar estados de vulnerabilidad y dependencia emocional dificultando la ruptura de los ciclos de violencia. Por otro lado, en los agresores emociones como la ira, la frustración o incluso sentimientos de superioridad o justificación moralizada del control ejercido, actúan como mecanismos que refuerzan y perpetúan el comportamiento violento. Así, las dinámicas afectivas no son meramente reacciones individuales, sino componentes constitutivos de sistemas de representación que sostienen y reproducen la violencia de género en distintos niveles de la vida social.

El clima emocional

De Rivera (1992) concibe el clima emocional como un hecho social que se manifiesta en la preponderancia relativa de un conjunto de escenarios emocionales dentro de un grupo o comunidad. Este concepto hace referencia a las emociones colectivas predominantes que emergen y se consolidan a través de la interacción social sostenida entre los miembros de un grupo en un contexto sociocultural y político particular.

Las emociones que constituyen el clima emocional no son únicamente aquellas experimentadas de manera interna por el individuo, sino también aquellas que el sujeto percibe como dominantes en su entorno. Esta percepción abarca tanto a los grupos de pertenencia o endogrupos como en los exogrupos considerados relevantes. De este modo, el clima emocional se configura a partir de un entramado de vivencias afectivas propias de interpretaciones sobre las emociones ajenas contribuyendo a la construcción de un sentido compartido de realidad emocional.

Durante determinados periodos sociopolíticos una serie de reacciones e interacciones sociales intensamente cargadas de afectividad tienden a predominar,

impregnando las relaciones interpersonales e intergrupales. Esta atmósfera emocional colectiva puede ejercer una influencia significativa sobre las percepciones, actitudes y conductas individuales y grupales, modulando también la cohesión interna como las tensiones sociales.

El cambio en el clima o atmósfera grupal está condicionado, a su vez, por factores culturales y estructurales de cada sociedad. En este sentido, el clima emocional constituye un factor explicativo relevante de la conducta social en tanto varía según el tipo de atmósfera dominante. Como señala Lewin (1988), los climas grupales pueden oscilar entre configuraciones más democráticas, caracterizada por la participación y la autonomía, y aquellas más autoritarias, donde prevalece la imposición y la sumisión.

Un ejemplo ilustrativo de clima emocional es el movimiento de los *Gilets Jaunes*⁸ o “Chalecos Amarillos” que tuvo lugar en Francia en 2018. Inicialmente la movilización surgió como una protesta contra el aumento de los precios de los combustibles, una medida que afectaba de manera directa la vida cotidiana de amplios sectores de la población. Sin embargo, conforme el movimiento avanzó, las demandas se ampliaron para incluir la lucha contra el incremento de los impuestos, la denuncia de las crecientes desigualdades sociales y económicas, así como el rechazo hacia los partidos políticos tradicionales y una profunda desconfianza hacia quienes ocupaban posiciones de poder. Todo esto da cuenta del clima emocional que en esos momentos se vivía en Francia.

En este movimiento, las redes sociodigitales facilitaron la toma de conciencia de la universalidad del rechazo. Tanto en los grupos de Facebook como en las ocupaciones de rotondas y plazas públicas, los manifestantes expresaron un hartazgo generalizado hacia las élites políticas y económicas. Este caso constituye un claro ejemplo de cómo las emociones, en particular el resentimiento, el hartazgo y el odio, pueden desempeñar un papel central en la configuración de los climas emocionales colectivos y de cómo estos pueden sostener y potenciar procesos de protesta social prolongados.

8 El movimiento adoptó el chaleco amarillo reflectante, que obligatoriamente tienen que usar los conductores del país, como su símbolo distintivo para hacerse visibles y expresar y expresar su frustración.

Comunidad emocional

Rosenwein (2006) introdujo el término “comunidad emocional” para referirse a aquellos grupos que comparte un conjunto común de normas a cerca de las emociones, así como una valoración colectiva de estas. Estas comunidades no están necesariamente militadas a grupos pequeños, pueden abarcar comunidades de diversa escala, desde pequeños colectivos hasta grandes configuraciones sociales. En este sentido, Rosenwein (2010, p. 12) señala que incluso a nivel macrosocial, una nación, concebida como una “comunidad imaginada” puede entenderse como una comunidad emocional, en la que los miembros comparten una red de significados emocionales que los conecta a través de su pertenencia a un colectivo nacional.

De acuerdo con Rosenwein (2006), las comunidades emocionales podrían entenderse como construcciones situadas y contextuales, cuya conformación se origina en los procesos de identificación emocional a los que se adhieren los sujetos. En una entrevista realizada por Pampller (2010), Rosenwein define las comunidades emocionales como grupos sociales que comparten criterios comunes sobre las emociones y sobre como tendrían que expresarse. Asimismo, en otros contextos, las describe como agrupaciones de personas unidas por intereses, valores y formas similares de experimental y valorar lo emocional (p. 254).

Este concepto resulta particularmente útil para comprender la relación entre emociones y movimientos sociales, dado que tales movimientos ofrecen un espacio en el que las emociones pueden aflorar o pueden ser reforzadas. A través de la interacción colectiva, los movimientos sociales configuran un sentido de pertenencia y solidaridad, en el que las emociones⁹ juegan un papel central en la movilización de los participantes y en la construcción de una identidad colectiva.

Para entender la relación emoción/movilización social se puede partir del reconocimiento de que ciertos eventos que surgen de manera disruptiva o información imprevista pueden despertar emociones en los individuos que los inciten hacia una acción política.

9 Como señala Jasper (2012), las emociones están presentes en todas las fases y aspectos de la protesta; motivan a los individuos, se generan en la multitud, se expresan retóricamente y dan forma a los objetivos manifiestos y latentes de los movimientos.

Un claro ejemplo de este fenómeno es el movimiento #Yosoy122, que surgió en México en mayo de 2012 como una respuesta directa a la cobertura mediática parcializada durante el proceso electoral presidencial de este año. Uno de sus mayores logros fue la conformación de una comunidad emocional que restauró el sentido de participación ciudadana entre sus miembros. En un contexto político de profunda desconfianza hacia las instituciones, el movimiento llevó a cabo movilizaciones, protestas y el uso estratégico de las redes sociodigitales para articular su visión política compartida. Esta visión se construyó no solo sobre demandas concretas, sino también sobre una narrativa colectiva de indignación y esperanza, lo que fortaleció el sentido de pertenencia a una causa común (Gutiérrez, 2016).

El caso citado permite destacar cómo los movimientos sociales no solamente actúan como mecanismos de transformación política, sino también permiten la creación de comunidades emocionales. En estos espacios, las emociones dejan de ser simples respuestas individuales para convertirse en vehículos de creación de sentidos colectivos donde una amalgama de sentimientos no solo movilizan a los individuos, sino que también permite la construcción de una nueva realidad afectiva.

En una comunidad emocional, el sentido de pertenencia e identidad social juegan un papel central al generar emociones que subyacen al mismo grupo y que pueden estar alojadas también en el inconsciente colectivo. La pertenencia a un grupo o comunidad ha sido a lo largo de la historia un factor determinante para el desarrollo de la humanidad, en la configuración de una gran diversidad de culturas que se diferencian también a partir de sentimientos identitarios y características particulares permeadas por emociones.

Como hemos pretendido ilustrar, el estudio de las emociones abarca un amplio espectro de dimensiones que van de lo individual a lo colectivo y viceversa. Las emociones atraviesan la experiencia y la constituyen al mismo tiempo; se modifican de manera constante en un proceso recíproco con las representaciones sociales y orientan nuestras acciones y contribuyen a estructurar nuestra propia historia personal y colectiva. Así, en el estudio de las emociones es necesario situar desde dónde se plantea su análisis, porque de lo contrario se corre el riesgo de generalizar los objetivos de estudio en relación con este gran tema.

Conclusiones

Como hemos señalado, las emociones influyen de manera decisiva en la selección de información y en la toma de posición frente a una realidad que se significa a través de representaciones sociales que contienen una importante carga afectiva que influye directamente en las pautas de comportamiento colectivo, pero también individual. Al constituir un elemento integral del pensamiento y la reflexión social, las emociones son inseparables de toda producción subjetiva e intersubjetiva que constituye la interacción humana.

El proceso de anclaje en la teoría de las representaciones sociales ha sido discutido y analizado como un componente fundamental en la construcción de los contenidos representacionales. Sin embargo, si se integra explícitamente el componente emocional a dicho proceso, su relevancia para la comprensión de las acciones humanas se revela aún más significativa, dado que los seres humanos somos también, seres emocionales.

Como se ha mostrado, las emociones forman parte de un amplio espectro de manifestaciones cuyas posibilidades no solo se articulan a las representaciones sociales en el terreno de la interacción, sino que también se alojan en el inconsciente individual y colectivo, evidenciando la construcción emocional de la experiencia vivida.

En este sentido los vínculos, como mencionan Guimelli y Rimé (2009, p. 6), también constituyen una parte fundamental de esa experiencia emocional y del significado atribuido a un objeto. De esta manera, no solo consolidan las representaciones sociales existentes, sino que también facilitan los procesos de cambio representacional, particularmente en contextos de intervención psicosocial.

El concepto de polifasia cognitiva ha constituido una herramienta fundamental para comprender la importancia de elementos periféricos en la configuración de la centralidad de una representación social. Esto, en tanto que la cultura se construye a partir de distintos sistemas de conocimiento en los cuales el sujeto se encuentra inmerso y actúa. Reconocer esta diversidad epistémica resulta esencial para entender la multiplicidad de sentidos que los actores atribuyen a su realidad social. En este marco, resulta igualmente relevante incorporar las nociones de clima emocional y comunidad emocional porque desde ahí se organizan las interacciones y pertenencias sociales, haciendo mucho más tangible los sentimientos y emociones hacia un determinado grupo,

cualesquiera que sean sus características. Tal como señala Jodelet (2011), en una comunidad las experiencias emotivas movilizan “el conocimiento social que nos permite reinterpretar el mundo y optimizar nuestras relaciones con el entorno” (p. 241).

Una manera de sintetizar los aportes de cada uno de ellos es la siguiente. El anclaje emocional muestra cómo lo nuevo se integra afectivamente a marcos previos y permite explicar cómo las representaciones sociales se cargan de afectividad. La polifasia cognitiva emocional evidencia que pueden coexistir emociones contradictorias en la construcción de representaciones. El clima emocional ofrece un marco colectivo más amplio que condiciona qué emociones y, por ende, qué representaciones predominan, es decir, muestra cómo las emociones colectivas del contexto condicionan las representaciones. Por su parte, el concepto de comunidades emocionales permite especificar cómo distintos grupos seleccionan, comparten y legitiman ciertos afectos, cristalizando representaciones divergentes en la sociedad a partir de sus repertorios afectivos.

Finalmente, el estudio de las emociones exige una aproximación multidisciplinaria que permita formular preguntas y buscar respuestas desde diversas tradiciones y campos de conocimiento. La organización de las emociones, al igual que las representaciones sociales, es dinámica y se encuentra en constante transformación, modulada por factores individuales, colectivos y contextuales. Por ello, se vuelve imprescindible promover diálogos interseccionales y transdisciplinarios que permitan avanzar en una comprensión más completa, profunda y matizada del comportamiento humano.

Referencias

- Ahmed, S. (2015). *La política cultural de las emociones*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Arruda, A. M. S. y Pombo-de-Barros, C. F. (2010). Afetos e representações sociais: contribuições de um diálogo transdisciplinar. *Psicologia: Teoria e Pesquisa*, 2(26), 351-360.
- Banchs, M. A. (1996). El papel de la emoción en la construcción de representaciones sociales: invitación para una reflexión teórica. *Papers on Social Representations*, 5(2), 113-125.

- Brasil, J. A., Bonomo, M., Nascimento, A. G. M., Livramento, A. M., y de Souza, L. (2018). Ancoragem psicossocial a partir dos sentimentos negativamente valorados: representações sociais de ciganos [Psychosocial anchorage based on negatively valued feelings: social representations of gypsies]. *Psicologia em Revista*, 24(2), 616-637. <https://doi.org/10.5752/P.1678-9563.2018v24n2p616-637>
- Bouriche, B. (2014). Émotions et dynamique des représentations sociales. *Les Cahiers Internationaux de Psychologie Sociale*, 20142, (102): 195-232. <https://shs.cairn.info/revue-les-cahiers-internationaux-de-psychologie-sociale-2014-2-page-195?lang=fr>
- Campos, H. F., y Rouquette, M. L. (2000). La dimension affective des représentations sociales: deux recherches exploratoires. *Bulletin de Psychologie*, 53/4(448), 435-441.
- De-Graft Aikins, A. (2012). Familiarising the unfamiliar: Cognitive polyphasia, emotions and the creation of social representations. *Papers on Social Representations*, 21(1), 7.1.7.28. <http://eprints.lse.ac.uk/48049/1/Familiarising%20the%20unfamiliar%20%28Isero%29.pdf>
- De Rivera, J. (1992). Emotional climate: Social structure and emotional dynamics *International Review of Studies on Emotion*, 2, 197-218.
- Duveen, G. (2001). Representations, Identities, Resistance. In K. Deaux & G. Philogene (Eds.), *Representations of the social*. Blackwell.
- Flores-Palacios, F. (2015). *Experiencia vivida, género y VIH. Sus representaciones sociales*. Centro Peninsular en Humanidades y en Ciencias Sociales, UNAM.
- Flores-Palacios, F. (2023). Teenage pregnancy and subalternity: A culturally constructed vulnerability. *Wiley-sexuality, Gender y Policy*. POLICY. <https://onlinelibrary.wiley.com/doi/abs/10.1002/sgp.2.12064>
- Flores-Palacios, F., y Díaz, A. Artículo. (2001). Normalidad y anormalidad: esquemas dicotómicos de la representación social en un grupo de profesionales de la salud. *Revista Polis*, 00(1), 247, 262.
- Guimelli, C., y Rimé, B. (2009). Émotions et représentations sociales. En P. Rateau y P. Moliner (Eds.), *Représentations sociales et processus sociocognitifs* (pp. 165-180). Presses Universitaires de Rennes.
- Gutiérrez, S. Arbesú, I., y Piña J. M. (2012). Emociones y representaciones sociales. El caso de los estímulos académicos. En O. Mireles (coord.),

Representaciones sociales: emociones, significados y prácticas en la educación superior. México: ISSUE, UNAM, pp. 21-52.

Gutiérrez, S. (2016). El papel de las emociones en la conformación y consolidación de las redes y movimientos sociales. En Mariza Ariza (Coord.), *Emociones, afectos y sociología. Diálogos desde la investigación social y la interdisciplina* (pp. 399-440). Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.

Gutiérrez, S. (2020). El componente afectivo de las representaciones sociales. *Cultura y representaciones sociales*, 15, (29), 123-151.

Haas, V. (Ed.). (2006). *Les Savoirs du Quotidien. Transmissions, Appropriations, Représentations.* Rennes: PUR.

Höijer, B. (2010). Emotional anchoring and objectification in the media reporting on climate change. *Public Understanding of Science*, 19(6), 717-731.

Höijer, B. (2011). Social representations theory. A new theory for media research. *Nordicom Review* 32(2), 3-16.

Jasper, J. (2012). Las emociones y los movimientos sociales: veinte años de teoría e investigación". *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 10 (4), 48-68.

Jovchelovitch, S (2002). Re-thinking the diversity of knowledge: cognitive polyphasia, belief and representation. *Psychologie et Societe*, 5, 121-138.

Jovchelovitch, S. y Priego-Hernández, J. (2015). Cognitive polyphasia, knowledge encounters and public spheres. En G. Sammut, E. Andreouli, G. Gaskell, y J. Valsiner (Eds.), *The Cambridge handbook of social representations* (pp. 163–178). Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9781107323650.014>

Lewin, K. (1988). *La teoría del campo en la ciencia social.* Paidós Ibérica.

Marková, I., y Wilkie, P. (1987). Representations, concepts and social change: The phenomenon of AIDS. *Journal for the Theory of Social Behaviour*, 17, 389-410.

Moscovici, S. ([1961]1979). *El psicoanálisis su imagen y su público.* Huemul.

Piermattéo, A. (2021). Social representations and emotions. A review of effects in two directions. *European Psychologist*, 27(4). <https://doi.org/10.1027/1016-9040/a000459>

Plamper, J. (2010) The history of emotions: An Interview with William Reddy, Barbara Rosenwein, and Peter Stearns. *History and Theory*, 49.

- Rimé, B. (2005). *Le partage social des émotions*. Presses Universitaires de France.
- Rosenwein, B. H. (2006). *Emotional communities in the Early Middle Ages*. Cornell University Press/Ithaca.
- Sen, R., y Wagner, W. (2005). History, emotions and hetero-referential representations in intergroup conflict: The example of Hindu-Muslim relations in India. *Papers on Social Representations*, 14, 1-23.
- Stets, J. E. y Turner, J. H. (2014). *Handbook of the sociology of emotions*. Vol. II. Springer.
- Valencia, J., Páez, D., y Echebarría, A. (1989). Teorías sociopsicológicas de las emociones. En D. Páez y A. Echebarría (Eds.), *Emociones: perspectivas psicosociales* (pp. 141- 232). Fundamentos.